

Luciana De Luca
PEZ, PIEDRA, PÁJARO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUCIANA DE LUCA
PEZ, PIEDRA, PÁJARO

Fue Jocabed, de todos los hijos que nacerían en el nuevo mundo, la primera. Nació con dientes y un nombre. Pionera entre los pioneros, llegó como recompensa: habían rezado sus padres tantas veces, pidiendo por una criatura, en altamar, entre las tormentas y el miedo al naufragio.

Acurrucados, sosteniéndose de donde podían y llevados por el deseo brioso que alimenta a los cuerpos jóvenes, encontraron, en algunos altos de la rabia del mar, el tiempo para hacerla. Insistieron como insisten los que creen. Apenas fecundada, aturdida por el oscilar invencible, la madre de Jocabed tropezó dentro del estómago del barco donde dormía y vivía con otra centena de desgraciados como ella y su esposo. Al caer, la perla distraída de su cabeza golpeó el suelo y, con un crujido, la hundió en un desmayo largo y hondo. Cuando despertó, en una cama y pálida, estaba sorda de un oído y, afuera, otra tormenta retaba al barco inflamado de miserables.

Contará Jocabed luego, más adelante, la historia que heredó de su madre, que escuchaba la mitad de lo que el mundo tenía para decirle. Que tras días de navegación, su madre, su padre y noventa y tantos maltrechos más oyeron a los pájaros que les anunciaban un continente. Olieron, en el aire, el perfume mohoso de la tierra firme. En canoas algunos, otros nadando, se despidieron de la tumba flotante que los ataba al mareo desde hacía semanas.

Contará Jocabed que en una punta de aquel páramo, de aquella tierra que era una nada seca, caminó primero un vestido negro. Un vestido largo que era una sombra en sí mismo, una cosa que no pertenecía. Algo descosido del horizonte, algo no de ese mundo.

Enfurecido el viento que galopaba en la llanura al ver esa insolencia le gritó: *¡ajena!* Enterados desde el suelo los cascarudos aullaron con odio: *¡bastarda, extranjera!*, y estiraron sus pinzas para arrancar pedazos de aquella tela vieja que apenas alcanzaba a mantener una forma púdica. Era la madre de Jocabed aquel vestido negro, aquella que avanzaba, temblando de miedo y coraje, intentando ver toda aquella enormidad que se desplegaba entre su cuerpo y el horizonte. No le entraban en los ojos la infinidad de puntos y líneas que hacían de aquella la llanura más grande que pudiera haber imaginado. Preñada sin saberse preñada,

en ese vestido negro, desgarrado, su madre pisó la tierra, y detrás de ella, avergonzados por su propia falta de arrojo, llegaron, arrastrando polvo y pena, carros y más carros desencajados y bueyes, burros, cajas y niños tristes y viejas exhaustas, y mujeres y bebés con sed y hombres ariscos y una jauría de perros asilvestrados que, para ganarse el mendrugo, actuaban la mansedumbre. Eran cien colonos, un poco más. *Invasores*, vibraron los alguaciles, inflados de rabia. *¡Malditos!*, el coro de rayas cortó con sus colas la panza del río. *Carroña*, aullaron los aguará guazú, sacudiendo con disgusto sus hocicos de flecha.

Váyanse por donde vinieron, ladraron las flores de irupé con las bocas verdes abiertas hasta la luxación.

Pero aquel vestido que prologaba y aquella centena no tenían a dónde ir. Por cansancio se quedaron. Desenvainaron cuchillos, vaciaron panales, nidos, apedrearon a los pájaros, hundieron las botas encima de los insectos y las flores. Bárbaros, los usurpadores se enseñorearon y ultrajaron esa tierra y a sus criaturas que no habían conocido, hasta entonces, enemigos semejantes. Nonata, mientras tanto, a cobijo, Jocabed crecía y resplandecía dentro del cuerpo de su madre, acompañada por los destellos débiles de su abuela, de su bisabuela y de todas las mujeres que habían sido, quiméricas, parte de la construcción de su linaje.

La madre de Jocabed, hambrienta con un hambre feroz, depredador, que no la dejaba dormir, para olvidarse del hambre trabajaba a la par de su esposo y los otros hombres. Era ese vestido negro ahora una línea que iba y venía y unía los puntos de la llanura.

Marcaron entre todos un lugar aproximado, un capricho en esa nada que necesitaban hacer propia, a cien pies del agua, a treinta del refugio grueso de los árboles, que tragaban luz y devolvían sombras.

Sin mareos ya, con suelo firme adonde pararse, el hambre se extendió sobre los recién llegados, igual que una mano vengativa. La piel de los hijos y las hijas se levantó en escamas; el agua del río era amarga y descompuso a los viejos y las viejas que, débiles, apenas en pie, simulaban unas fuerzas que ya no tenían. *¡Se van a quebrar!*, gritaban los críos asustados, que confundían a las viejas y a los viejos deshidratados con vasijas muy finas.

Hicieron hogueras con hojas de sauces, y soplaron las brasas, animando el fuego que necesitaban para cocer lo que se dejó cazar. Las otras mujeres y los niños esperaban encima de las carretas, los pies enrollados, a salvo de los alacranes que se burlaban desde abajo de cada piedra. Se desbarrancaban del trabajo al sueño, mujeres, niños, viejos, la madre de Jocabed, extenuada, como quien arranca un fruto.

Pelaron con ímpetu y fiereza esa porción de tierra bravía. Usaron palas, picos. Usaron manos curtidas que ya no sangraban. Arrancaron plantas, tocones, maleza, flores. Movieron piedras, decapitaron hormigueros. *Asesinos*, gritaron las hormigas moribundas con los últimos alientos, escupiendo maldiciones. Cada muerto, por más diminuto, insignificante, feo, les auguró castigo. Los niños aplaudieron después de cada masacre. *Todo es nuestro*, cantaron al terminar su pequeña conquista los hombres, las mujeres, los hijos, los viejos y las viejas, con los ojos brillantes.

Es la memoria de Jocabed la que almacena la génesis del caserío. Es la lengua de Jocabed la que deshilvana las intrigas, la historia, que es la historia de su madre y de su padre y de los viejos y las viejas frágiles y de los niños flacos y de los hombres y de las mujeres que ya habrán muerto; y es la historia de los que no conoció y de los que vendrán. Y es también la suya, desde antes de haber nacido.

Fue Jocabed el milagro, el caserío creciendo, la nueva vida. Se alejó de las casas, de las faenas, la madre, para esconderse y parirla a solas. Llamada por el bosque, por el fresco del bosque, entre los árboles, insomne por el dolor, el alarido que le abría los huesos de la cadera, que le retorció la espina, recibió las contracciones de las que nadie nunca le había hablado. Semisorda, no tuvo oídos más que para lo estrepitoso, lo que la aturdió desde adentro del cuerpo. Atendió la madre su propio parto, sin saber si sus gritos fueron escuchados por fuera del perímetro boscoso. Respirando como un animal, expulsó a su hija encima de un montón de hojas. Cortó el cordón con una piedra y descansó con la recién nacida sobre el cuerpo hasta que pudo volver al caserío que, próximo, se cocía en su propio caldo.

Fue Jocabed una bebé redonda y pálida, serena. Un augurio rosa con olor a leche. Diez, veinte dedos minúsculos. Una pelusa negra resplandeciente coronaba su cabeza lactante. Su boca nacarada causó asombro

colectivo: llena de dientes blancos y afilados. Turban esos dientes en una criatura tan nueva. Será, dicen, culpa del agua que beben, del aire que respiran, de los brotes de fiebre, de la carne mal cazada, mal cocida. Del insomnio. Del miedo. Por eso al caserío le nace esa primera niña, armada, capaz de morder.

Es un mal presagio para los colonos esta hija deslumbrante. La protege su madre, desconfiada y alerta, de la curiosidad ansiosa de las otras mujeres. La esconde de los hombres —hasta del mismo padre, desplazado del núcleo por la omnipresente y suave recién nacida—, que, supersticiosos ven algo funesto en las encías dentadas. Cría y alimenta a Jocabed, la madre, en la soledad del corral de sus faldas. La cuida más de lo que habría cuidado un tesoro, si hubiese tenido. Con suavidad la separa de los niños y niñas más grandes que se acercan, que rondan —y atrás, los perros salvajes—, y quieren probar los dientes de su hija con dedos, palos y huesos.

La madre de Jocabed, los dedos mordidos, le da el pecho a su hija, que no llora, que no se queja. La leche es abundante, dulce. Jocabed crece a la vista. Diríase: basta con quedarse quieto enfrente para verla cambiar. Le traen otros hijos para amamantar las demás mujeres, celosas y esperanzadas. La madre de Jocabed se vuelve fuente.

Alrededor de los colonos presume holgura y largo el llano que habla y se queja y conversa con sus criaturas de día, de noche, en una lengua áspera que ni hombres ni mujeres comprenden. Es un rumor constante, coral, que los enloquece, se les mete en los sueños, en las orejas, entre los dientes. Esta es una tierra que no quiere callarse.

Las viejas se persignan y roban cuchillos para clavar en el suelo, pero eso sirve para llamar a la lluvia, no al silencio. Los hombres mal dormidos, mal alimentados, ponen su empeño en mantenerse, si no cuerdos, vivos. El sol pérfido acecha desde el cielo y los deja sin sombras donde repararse. Sin sombras las cosas, sin sombras ellos mismos, todo se vuelve un destello, una fulguración. Los árboles y las matas, los yuyos, se quiebran y piden misericordia, pero el sol es de fuego y solo sabe incendiar.

Los colonos tuvieron miedo. Se vieron por primera vez como eran: no conquistadores, no poderosos, sino desvalidos e impotentes, demasiado verticales para un campo yermo.

Los más viejos empiezan a morir. El nuevo mundo se traga sus primeros muertos, prueba con su lengua áspera y vengativa esa carne desconocida, esos huesos. Algunos hijos, curiosos, débiles a la aventura, se pierden en la llanura. No vuelven.

Así se funda este primer caserío: con llantos y cópulas y cacería, con su propia violencia, sus propios muertos, su propia desolación.